

VI

EMPIEZA LA BATALLA

Cosette estaba en su sombra, lo mismo que Mario en la suya; materiales dispuestos para el incendio. El destino, con su paciencia misteriosa y fatal, aproximaba lentamente uno á otro estos dos seres, ambos desfallecidos y cargados de la tempestuosa electricidad de la pasión: estas dos almas llevaban el amor como dos nubes llevan el rayo, y debían encontrarse y mezclarse en una mirada como las nubes en un relámpago.

Se ha abusado tanto de las miradas en las novelas amorosas, que se ha concluído por darles poca importancia; apenas se atreve hoy un novelista á decir que dos seres se han amado porque se han mirado; y, sin embargo, así es como se ama, y como únicamente se ama. Lo demás no es sino lo demás, y viene después. Nada es más real que esas grandes sacudidas, que dos almas se impresionen mutuamente al cambiar esta chispa.

A cierta hora en que Cosette dirigió, sin saberlo, aquella mirada que turbó á Mario, éste no sospechó que dirigió otra mirada que turbó también á Cosette, haciéndole el mismo mal y el mismo bien.

Hacia ya algún tiempo que le veía y le examina-

ba, como las jóvenes ven y examinan, mirando á otra parte. Mario encontraba aún fea á Cosette, cuando Cosette encontraba ya hermoso á Mario. Pero como él no hacía caso de ella, este joven le era muy indiferente.

Y, sin embargo, no podía menos de decirse que tenía hermosos cabellos, hermosos ojos, hermosos dientes, un seductor timbre de voz cuando le oía hablar con sus compañeros, que andaba mal, si se quiere, pero con una gracia especial, que no le parecía tonto del todo, que toda su persona era noble, afable, sencilla, altiva y que, por fin, tenía pobre aspecto, pero buen aspecto.

El día en que sus ojos se encontraron y se dijeron por fin bruscamente esas primeras cosas oscuras é inefables que balbucea una mirada, Cosette no la comprendió al pronto. Entró pensativa en la casa de la calle del Oeste, en que Juan Valjean, según su costumbre, había ido á pasar seis semanas. Al día siguiente, al despertar, pensó en aquel joven desconocido, por tanto tiempo indiferente y helado, que parecía ahora poner su atención en ella, y no creyó ni remotamente que esta atención le fuese agradable. Tenía más bien algo de cólera contra aquel hermoso joven desdeñoso. Moviése en su interior un principio de guerra. Creyó que iba, en fin, á vengarse, y experimentó por esto una alegría enteramente infantil.

Creyéndose bella, conocía muy bien, aunque de un modo vago, que tenía un arma. Las mujeres juegan con su belleza como los niños con un cuchillo, y se hieren.

Recuérdense las vacilaciones de Mario, sus palpitaciones, sus temores. Se quedaba en su banco y no se aproximaba, lo que enojaba á Cosette. Un día dijo ésta á Juan Valjean:—Padre, paseemos un poco por este lado.—Viendo que Mario no iba hacia ella,

ella fué hacia él. En semejante caso, toda mujer se parece á Mahoma. Y además, cosa extraña, el primer síntoma del verdadero amor en un joven es la timidez, y en una joven es el atrevimiento. Esto es asombroso, y, sin embargo, nada más sencillo. Son los dos sexos que tratan de aproximarse, y toman cada uno las cualidades del otro.

Aquel día la mirada de Cosette volvió loco á Mario, y la mirada de Mario puso temblorosa á Cosette. Mario se fué contento, Cosette inquieta. Desde aquel día se adoraron.

Lo primero que Cosette experimentó fué una tristeza confusa y profunda: le parecía que desde aquel día al siguiente su alma se había vuelto negra: ella misma no la conocía ya.

La blancura del alma de las jóvenes, que se compone de frialdad y alegría, se parece á la nieve; se deshace al soplo del amor, que es su ideal.

Cosette no sabía lo que era el amor; nunca había oído pronunciar esta palabra en el sentido terrestre. En los libros de música profana que entraban en el convento se reemplazaba la palabra *amor* con *tambor* ó *asador*; lo cual daba motivo á enigmas que ejercitaban la imaginación de las *grandes*, como: ¡Ah, qué grato es el tambor!; ó bien: ¡La piedad no es más que un asador! Pero Cosette había salido muy joven para haber pensado mucho en el «tambor.» No sabía, pues, qué nombre dar á lo que sentía. ¿Se está menos enfermo por ignorar el nombre de la enfermedad?

Amaba con tanta más pasión cuanto que amaba con ignorancia; no sabía si aquello era bueno ó malo, útil ó peligroso, necesario ó accidental, eterno ó pasajero, permitido ó prohibido: amaba. Se habría asombrado mucho si la hubieran dicho: ¿No dormís? ¡Pues eso está prohibido! ¿No coméis? ¡Pues eso es

muy malo! ¿Tenéis opresión y latidos de corazón? ¡Pues eso no se hace! ¿Os ruborizáis, os ponéis pálida cuando un ser vestido de negro aparece al extremo de cierta calle de árboles? ¡Pues eso es abominable! De seguro no lo hubiese comprendido, y habría respondido:—¿Cómo he de tener culpa de una cosa en que no puedo nada y en que nada sé?

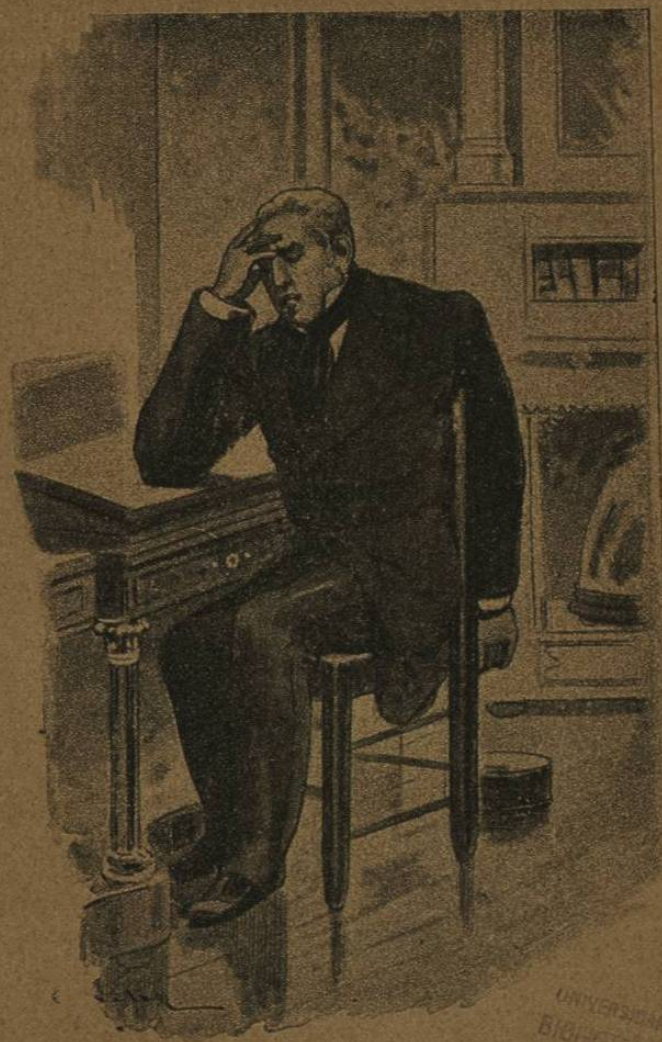
Sucedió que la especie de amor que sentía era precisamente el que más convenía al estado de su alma. Era una especie de adoración á distancia, una contemplación muda, la deificación de un desconocido; era la aparición de la adolescencia á la adolescencia, el sueño de las noches convertido en novela, permaneciendo aún sueño, el fantasma deseado, realizado y hecho carne, pero sin nombre aún, sin culpa, sin mancha, ni exigencia, ni defecto; en una palabra, el amante lejano y envuelto en lo ideal, una quimera con forma. Otro cualquier encuentro más palpable, más proximo, hubiera asustado en aquella época á Cosette, aún medio sumergida en la bruma espesa del convento. Tenía todos los temores del niño, unidos á todos los miedos de las religiosas. El espíritu del convento, de que se había penetrado por espacio de cinco años, se evaporaba aún lentamente de toda su persona, y hacía que todo temblase en derredor suyo: en esta situación, lo que necesitaba no era un amante, no era ni aún un ser enamorado, sino una visión. Principió á adorar á Mario como una cosa bella, luminosa é imposible.

Como la extrema sencillez se da la mano con la extrema coquetería, le dirigía sonrisas francamente.

Todos los días esperaba con impaciencia la hora de paseo; encontraba á Mario, sentía una felicidad indecible, y creía expresar sinceramente todo su pensamiento con decir á Juan Valjean:—¡Qué delicioso jardín es el Luxemburgo!

Mario y Cosette estaban en la noche uno para otro. No se hablaban, no se saludaban, no se conocían: se veían, y como los astros en el cielo que están separados por millones de leguas, vivían de mirarse.

De este modo iba Cosette haciéndose mujer, y desarrollándose bella y enamorada, con la conciencia de su hermosura y la ignorancia de su amor. Coqueta, sobre todo, por inocencia.



A tristeza, tristeza y media

UNIVERSIDAD DE
BIBLIOTECA DE
MONTREY, MEXICO